iMex REVISTA

México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756

creative commons

OPEN ACCESS

III. POP.MEX – FACETAS DE LA CULTURA POPULAR MEXICANA

2013/1, año 2, n°3, 131 pp.

Editor: **Frank Leinen**

DOI: 10.23692/iMex.3

Estímulo

Fiebre por "El Virus"

(pp. 7-10; DOI: 10.23692/iMex.3.2)

Doris Dörrie

Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website: www.imex-revista.com
Editores iMex: Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli
Redacción iMex: Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

Fiebre por »El Virus«[1]

Doris Dörrie

En los últimos dos años he pasado alrededor de cuatro meses en la Ciudad de México. Mis amigos mexicanos se quejaban amargamente de que ya nadie acudía a visitarlos a causa de la guerra contra las drogas; decían que se sentían abandonados y recalcaban que existe otro México que no tiene nada que ver con el del narcotráfico.

Y a decir verdad así es: el sol brilla, los colores relumbran y la gente sigue siendo amable igual que siempre. Todo mundo se esfuerza por no tener miedo y divertirse lo mejor que se pueda; hasta parece que se hubieran puesto de acuerdo para ello. Como ejemplo está la lucha libre, la versión mexicana del *wrestling*, que a la fecha me tiene cautivada. A manera de ritual, salgo todos domingos a las tres de la tarde de mi departamento, ubicado en el barrio pintoresco de Coyoacán, para dirigirme al centro de la ciudad y llegar hacia las cinco a la Arena Coliseo. Durante mis peregrinaciones dominicales, el camino me muestra una y otra vez qué complicada es la situación por la que atraviesa el país en estos momentos.

Al pasar por la Casa Azul de Frida Kahlo, que está muy cerca de donde vivo, veo a los guardias del museo, aburridos porque ya casi no vienen turistas. Armados con ametralladoras y chalecos antibalas vigilan un museo sin visitantes. Mientras tanto, a un costado, justo enfrente del Café Jarocho, un trío de músicos avejentados hace sonar el clásico *Puño de tierra*, una canción desgarradora cuyo mensaje principal es que todos terminaremos como un simple puñado de polvo. Más adelante, en el pesero, retumba una mezcla estridente de *punk*, *heavy metal* y mariachi; al volante va un joven de unos dieciséis años, conduciendo como si fuera camino al infierno; su mirada feroz te dice ¡súbete, súbete, y ya verás! Recientemente, unos hombres armados con machetes asaltaron el pesero en el que iba la sirvienta de mi casera y la hirieron gravemente. Pero así son las cosas aquí, ¿qué se le va a hacer? Entre tanto, los frenos rechinan o ni funcionan, el bajo retumba, viejecitas que ascienden con dificultad, bellísimas adolescentes que portan celulares rosas, viejos batalladores de rostro curtido, amas de casa sobrecargadas de bultos, muchachitos con cortes de cabello extravagantes, jóvenes con cadenas de oro y cinturones gruesos: la atmósfera es fenomenal.

De aquí transbordo al metro y así al próximo programa de diversión: vendedores ambulantes pregonan, en un canto monótono y recio, sus productos, muchas veces de

[1] La versión original del artículo, escrito en alemán, fue publicada en el suplemento *ZEIT Reisen*, del periódico semanal DIE ZEIT (11, 67 [marzo 2012], p. 19).

procedencia y calidad dudosa. Un pequeño martillo: de fácil manejo y a buen precio. Un DVD que muestra las más terribles cárceles mexicanas. Chicles al mayoreo. Unas linternas diminutas y pintalabios indelebles. Bolígrafos porno. Los mejores cacahuates del mundo. Lo último en libros sobre la guerra antidrogas. Ese no lo quiere nadie y el vendedor lo sabe; por eso, sólo lo eleva en su mano con un gesto cansado.

Al principio, miraba horrorizada todos los días la nota roja del periódico. Sin embargo, ahora que me he aclimatado hago lo que todos hacen: ya no quiero ver ni escuchar nada sobre el asunto. 'La inseguridad', mejor conocida como "la lucha antidrogas", se desliza en uno como el pequeño gusano que habita en las playas mexicanas, logrando vivir durante mucho tiempo en un cuerpo sin ser descubierto, hasta que empieza a abrirse caminos visibles por la piel.

Me bajo en el Zócalo – la plaza más grande del mundo –, la Catedral Metropolitana sobre el Templo Mayor: un verdadero sándwich colonial; los españoles simplemente se colocaron encima. Aquí fue desenterrado hace poco el inmenso monolito de Tlaltecuhtli, temible diosa azteca que por la noches pide a gritos víctimas humanas y que, si no recibe ninguna, devora sus propias vísceras.

Detrás de la catedral, en la calle hay un altar de La Santa Muerte, un esqueleto de tamaño real con un manto azul celeste de Virgen María. Mientras que la iglesia la rechaza, la gente sencilla la venera con vehemencia, al igual que los narcos. Todos los días, los habitantes del vecindario le colocan cariñosamente un nuevo y bonito atuendo. Por las noches encuentra refugio en una tienda de ropa interior, entre sostenes levantasenos y minúsculos tangas de colores chillones. Aquí está bien atendida, dice la vendedora.

Tropiezo, me caigo y entro cojeando a la próxima tienda, en la que se venden muñecas con chupón. Los dos hombres que la atienden me ofrecen un trago de agua, me dan permiso de sentarme todo el tiempo que quiera, y seguramente también podría quedarme a vivir aquí, no sería ningún problema. Las cosas se toman tal y como son: virtud mexicana y problema mexicano.

Dicen que es peligroso andar por las calles que se encuentran detrás de la catedral, pero, como ya no puedo recordar todos los lugares ni todas las calles que supuestamente son peligrosos, ya me da igual. Por las noches ando en bicicleta, lo que es peligroso en otro sentido, pero sólo trato de imaginarme que voy segura porque nadie se tomaría la molestia de correr detrás de una bicicleta. Recientemente, las mujeres al volante tienen permitido pasarse el semáforo en rojo en ciertas zonas, porque es más peligroso detenerse que originar un siniestro total. Ya nadie sabe con exactitud quiénes son ni los buenos ni los malos. Por eso,

¡vamos, a las luchas! Allí al lo menos los papeles están claramente definidos: los buenos luchan contra los malos y a veces incluso ganan, y la violencia es sólo un juego.

Frente a la Arena Coliseo hay mujeres que venden las máscaras de luchadores en colores muy llamativos. La máscara define la personalidad de cada luchador, y éste por ningún motivo debe desprenderse de la suya de forma imprudente. Según cuenta la leyenda, el más famoso de todos los luchadores mexicanos, El Santo (1918-1984), nunca se quitaba su máscara plateada, ni siquiera en casa. Hasta que un día, en un programa de televisión, se le ocurrió quitársela: una semana después, apareció muerto.

Los padres de familia les compran a sus hijos la máscara de su luchador favorito y, después de haber sido registrado por mujeres con uniforme y aspecto marcial en busca de aparatos fotográficos y celulares, se puede entrar al Coliseo. Por suerte, ya conozco el procedimiento y tengo mi móvil bien escondido en mi pantalón, porque es cierto que al final del espectáculo te entregan un celular, pero eso no significa por fuerza que sea el tuyo.

Apenas entro a la Arena, que más parece un circo que un complejo deportivo, mi corazón empieza a palpitar cada vez con más fuerza, y entonces comienzo casi de manera inconsciente a sonreír frenéticamente. Hay una atmósfera como de jardín de niños enloquecidos. Hasta los nombres de los luchadores me emocionan; hoy, por ejemplo, lucha El Hijo del Fantasma contra Mefisto, El Ángel Azteca Jr. contra Nosferatu y al final Máximo contra El Shocker.

Una música estridente retumba a través de unas bocinas miserables, mientras que chicas gogó en bikini anuncian a los adversarios, quienes aparecen brillando por el aceite que cubre sus cuerpos. Uno que otro lanza caprichosamente de aquí para allá su cabellera larga, de un negro intenso. Detrás de mí, algunas chicas comienzan a chillar histéricamente, admirándolos y sufriendo por el amor no correspondido. Los niños llevan sus máscaras puestas y lo miran todo perplejos; sus padres beben contentos cerveza, las madres sonríen para sí mismas. El espectáculo comienza; balcón te cuesta sólo un peso; allí, detrás de las rejas, los niños se alborotan como si estuvieran en el zoológico. Quien está sentado más adelante paga más y se arriesga a que un luchador le caiga en el regazo.

En cada asalto, alguien sale volando del *ring*. Una humillación como de película. El quitarle la máscara a alguien se asemeja a una castración, a la destrucción total. Un beso es casi lo mismo. Máximo, que aparece con mohicano rosa, es gay y es de los buenos. Shocker, quien pelea contra él, es uno de los malos; por eso, se oye gritar al público a toda garganta "¡beso, beso, beso!", porque un beso, es claro, acabaría con Shocker.

Quien va regularmente a las luchas, conoce a los luchadores y sabe a qué bando pertenece cada uno. Sin embargo, las combinaciones son siempre diferentes. Hace mucho que estoy

esperando ver una lucha entre La Parka, que con su disfraz de esqueleto representa a la muerte, y Máximo. ¿Vencerá con un beso a la muerte? También está El Virus, que antes aludía al sida, pero que últimamente hace referencia a la gripa porcina, que ha estigmatizado a los mexicanos en todo el mundo, o El Tejano, quien tiene que subir al *ring* representando a los odiados y, al mismo tiempo, admirados Estados Unidos.

Me gusta mucho ver a Superporky, quien, jugueteando con su panza, siempre sale medio desnudo y sin máscara, porque ya nadie lo toma en serio como verdadero luchador. Antes era conocido como Brazo de Plata; ahora pone en acción su gordura, aventándose encima de los otros luchadores, sentándose sobre ellos o arrinconándolos con la barriga. Superporky es uno de los buenos, y muy popular, tanto que después de las luchas todos los niños hacen fila para poder lamer el sudor de su panza. Ya también me veo tentada a hacerlo y, cada vez más entusiasmada, grito hasta quedar afónica. Hoy perdieron los buenos, pero la próxima semana será la revancha.

Después de dos horas, el espectáculo ha acabado. Felices y tambaleándose como borrachos, todos abandonan la Arena. Yo me compro una máscara de El Misterio, de color azul plata, me la pongo, camino por las calles ya oscuras, cosecho por todos lados comentarios amables y me siento segura y protegida en plena Ciudad de México.